

PALACIOS

Pero, señora, si mi carácter es así, fosco, retraído... yo no sé sostener una conversación; yo no sé hablar media hora seguida con una dama... aunque sea tan hermosa y tan llena de gracias como usted...

AGNES

¡Ah! vamos; ya se desenvuelve, ya empieza á recobrar el habla, y su primer movimiento es tan gallardo como el de ninguno. ¡Bendito sea Dios!

(Se despiden Josefina y Eugenia; no tardan en seguir las uno tras otro los demás tertulianos, pero cuando Palacios trata de retirarse la Princesa le retiene cogiéndolo por los hombros con cierta familiaridad y hablándole al oído con dulzura.)

No se vaya usted, no se vaya, que estoy muy contenta de su compañía; á mí me entretiene lo que no es decible la conversación de los hombres serios, de los hombres que han corrido mucho mundo, que han tenido muchas aventuras y que saben lo que es la vida y lo que encierra de bueno y de malo... Y usted, coronel, habrá tenido grandes aventuras; aventuras de tierra y de mar, de amor y de fortuna, de guerra y de paz... ¡Oh! la vida de los militares es lo más variado y lleno de atractivos.

PALACIOS

(Como suspenso, no sabe á qué atribuir aquella inusitada amabilidad.)

Yo, señora, sí, es claro... algo se ha vivido, algo se ha mirado... Como usted dice, tratando diariamente amigos que llevan la carrera militar... pues ya se ve.

AGNES

Y se nota luego que es usted, además de un hombre valiente y honrado á carta cabal, una persona de sentimientos exquisitos y capaz, en caso ofrecido, de servir á quien usted quiera y de inclinarse á un partido justo y...

PALACIOS

Ya lo creo, señora, y así lo demuestra el que ahora me haya puesto del lado de una causa como la republicana.

AGNES

(Provocativa y mirando al coronel con ojos que despiden effluvios diabólicos.)

Pero una vez conseguido el triunfo de la tal causa, ¿qué más puede usted hacer que sea más humano y más

conveniente y más apropiado á la situación, que el ponerse al lado de los oprimidos, de los tristes, de los que sufren injustamente?...

PALACIOS

(Haciéndose el sueco.)

Señora, yo no entiendo una palabra de lo que usted me dice. ¿Qué oprimidos son esos, ni qué causa es esa, ni de qué salvación me habla?

AGNES

Pues ¿qué causa ha de ser, sino la causa de los vencidos de Querétaro, y qué persona sino la persona del Emperador, ese noble y augusto caudillo que sufre lo indecible en poder de sus enemigos?

PALACIOS

(Como involuntariamente y sin medir el alcance de sus palabras.)

El Emperador no tiene remedio; el Emperador está condenado irremisiblemente y no hay más que resignarse á que corra su suerte.

AGNES

(Excitada y llena de furor.)

Pero ¿qué ha dicho usted? ¿El Emperador condenado

irremisiblemente? No ha de haber tal condenación mientras yo exista, mientras pueda moverme y procurar su libertad... y usted, coronel, usted, hombre honrado y bondadoso, que sabe lo que es el amor á la familia, la amistad y el juramento que se hace de realizar una empresa, tiene que ayudarme en esto con todas sus fuerzas, con todo su empeño.

PALACIOS

Yo, señora, soy un soldado republicano y me parece que desconoce usted ese carácter al hablarme de algo tan fuera de lo natural como lo que me propone.

AGNES

¿Y por qué ha de ser fuera de lo natural, vamos á ver? Usted cumplió con su deber luchando contra el imperio, procurando la prisión del Emperador, portándose como un valiente y luchando durante varios años con un tesón y una constancia dignos de envidia; pero ahora está el imperio en poder de ustedes; el monarca poderoso, protegido por las bayonetas francesas y á quien usted combatió con todas sus fuerzas, es sólo un hombre desgraciado, enfermo, triste y próximo á sufrir una condena injusta.

PALACIOS

Pero observe usted, señora, que si yo le ayudo en su empeño borro de una plumada todos mis antecedentes, acabo con mi carrera, destruyo mi hoja de servicios, asesino á mi familia.

AGNES

A eso voy, coronel, á eso voy; todo lo tengo pensado y no crea usted que le exijo sacrificio que no procure pagarle. Usted es hombre pobre, sin más capital que su carrera, sin más ahorro que sus antecedentes; usted ha luchado, usted ha trabajado, usted ha llevado una vida de penas y dolores y bien merece una recompensa; si usted me ayuda á salvar al Emperador yo le aseguro á usted una fortuna, una fortuna que le compense de la pérdida de su grado, del olvido de sus antecedentes, de todo lo que usted dice que va á arriesgar.

PALACIOS

¿Una fortuna?

AGNES

(Sacando un papel.)

Esta es una libranza contra la casa imperial de Aus-

tria y á su presentación tendrá usted cien mil pesos que le servirán para asegurar el porvenir de las personas que usted quiere, de su esposa y de su hijo, para vivir en Europa tranquilo y sin preocupaciones hasta que se haya olvidado esta aventura, en que desempeñará usted el papel más airoso y el más interesante, el de salvador de un inocente y de amigo de una víctima débil y resignada.

PALACIOS

(Revuelve entre los dedos el papel y lo entrega á la Princesa.)

Estimo mi nombre y mi suerte en una suma mucho mayor que ésta.

AGNES

¿Mayor? ¿Pues cuánto querría usted por llevar á cabo lo que le propongo?

PALACIOS

Mucho más de lo que usted puede darme.

AGNES

(Como enajenada y resuelta á jugar el todo por el todo en la partida empeñada.)

¡Ah! usted no quiere dinero, usted no desea prosperida-

des ni bienes materiales, sino algo más; comprendo, usted quiere amor, amor puro, amor desinteresado y constante.

(Corre á la puerta y la cierra con doble llave guardándose ésta en el bolsillo.)



Bien está, bien está, hace bien en odiar las malditas riquezas, el absurdo bienestar material. ¿Quiere usted amor? Pues aquí está el mío.

(Se echa en los brazos del coronel y como éste se retira, ella empieza febrilmente á desnudarse tirando las ropas por el suelo.)

PALACIOS

¡Señora, por Dios!... Mire usted que es la primera vez

que en mi vida me veo obligado á huir ante una mujer; pero si usted continúa, saldré por el balcón y pediré auxilio.

AGNES

¿Auxilio? ¿Auxilio de quién? ¿Contra quién? Si yo te amo con todo mi corazón; si yo quiero que seamos felices lejos de aquí, lejos de las tonterías y de los convencionalismos de tu tierra.

PALACIOS

Esto pasa de broma pesada; le ruego á usted que abra la puerta ó yo la abriré como pueda.

AGNES

No te irás, no puedes irte sin que yo...

PALACIOS

Basta ya, señora; digo que basta ya y le ruego que no me obligue á faltarle al respeto.

(Se dirige hacia la puerta y empieza á sacudirla febrilmente; Agnes desalentada le arroja la llave desde el fondo de la habitación y le grita dos ó tres veces: ¡Miserable!)

(Palacios se retira mientras la Princesa cae por el suelo con un ataque de nervios.)